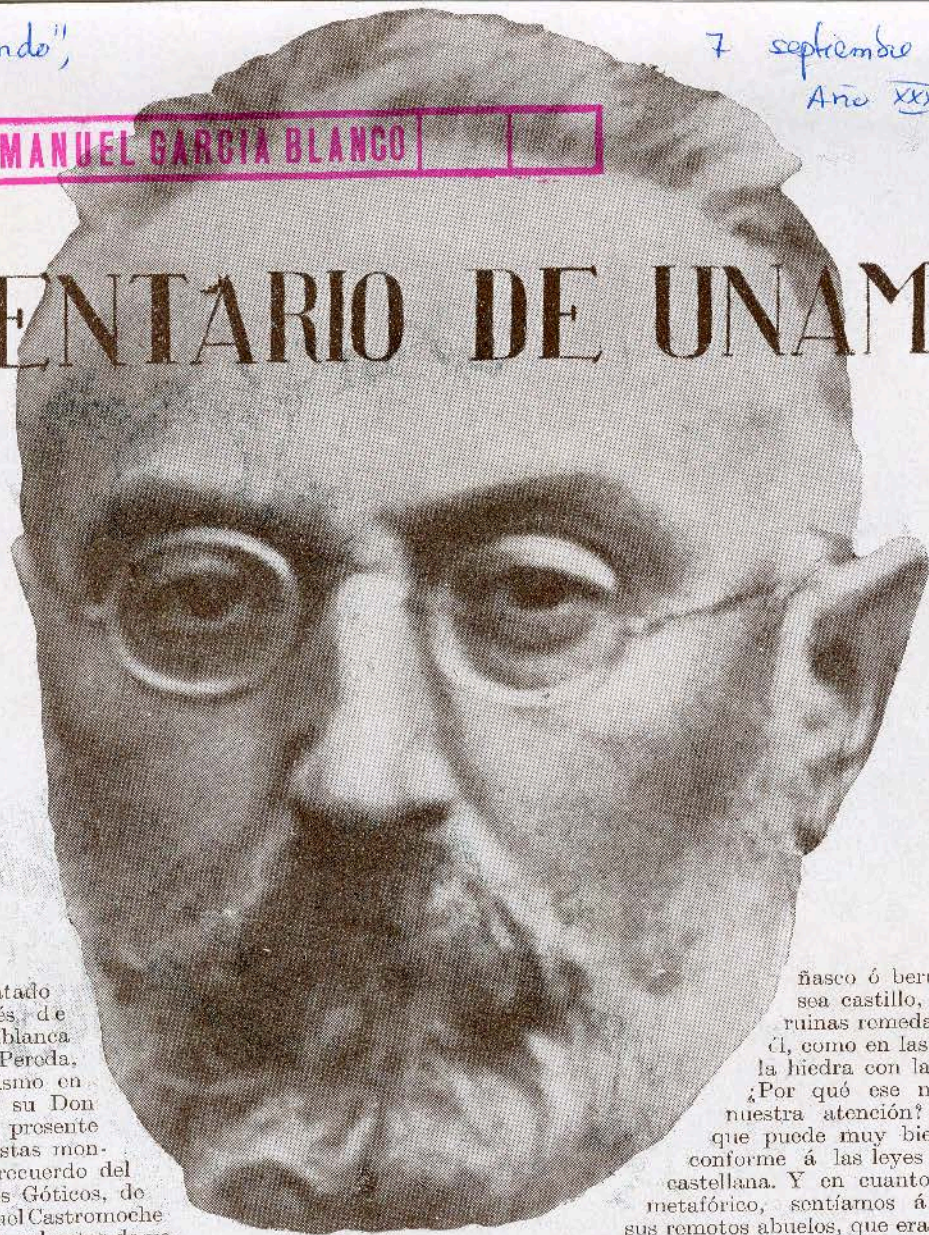


LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

COMENTARIO DE UNAMUNO



El
"ciliebro"

de la
tierra

Aquí, en este recatado rincón montañés, de Tudanca, la Tablanca de «Peñas arriba», de Pereda, y en el aposento mismo en que él hizo morir á su Don Celso. Detrás de mi presente visión de este valle y estas montañas está el fresco recuerdo del páramo de los Campos Góticos, do aquel Baquerín y de aquel Castromoche en que me empapé de solantes de venir á estas montañas de bruma. Anoche, viendo á la luz fantascadora de la luna llena la dantesca encañada de Bejo, entre este valle y el de Polaciones, soñaba en la tierra de los conquistadores. Que lo es la de Castilla y su Extremadura.

Allí la tierra es hija del hombre; aquí es su madre. Aquél, el hombre que conquista á su tierra con el arado, es el conquistador de tierras; éste, el hombre conquistado por el terruño, es defensor del suyo. Aquí empezó la Reconquista, mas mientras fué defensa. Montañeses ayudarían á Pelayo; llaneros siguieron al Cid.

Esto es todo como un nido celado entre picachos, ó más bien como un regazo materno. Las faldas y los repliegues de las montañas, como brazos maternos. Y es maternal la bruma. Cuida la montaña de sus hijos y acaso piensa por ellos dejándoles soñar, aquí al rumor del Nansa que va derecha ó inmediatamente á la mar, la vida que pasando queda, la misma vida de sus abuelos, acaso la misma de sus nietos.

¿Piensa la montaña?

Decía *Obermann* que no cabe expresar la permanencia de las montañas en una lengua, el francés, hecho por los hijos de las llanuras, y dijo *Eliseo Reclus* que el español es acaso el idioma más rico para expresar accidentes diversos del terreno montañoso; el español serrano se entiende. La misma voz *sierra* se ha propagado á otras lenguas.

Interesante un vocabulario de las voces con que en este valle se designa á diversas formas y configuraciones y accidentes del terreno cuando tan pobre es su lengua en nombres de plantas y flores silvestres. Toda flor que de nada les sirve es *rosa*. Pero oíd lo que son *torca* y *besgata* y *solámbaro*, y *gándara*, y *abiércol*, y *garma*, y *bijorco*, y *cucto*, y *pical*, y *aberrujal*, y... sería cuento largo.

Pero entre tantas y tan expresivas voces hay una que ha encajonado nuestra atención, y es *ciliebro*. Ciliebro es el estrato rocoso que asoma la blancura de la roca entrañada por entre la tierra de las faldas de la montaña. Al terreno aprovechable entre peñas largas y apareadas le llaman *cinto*. Y *castro*, á un pe-

ñasco ó berruoco aislado; castro, ó sea castillo, los raigones de cuyas ruinas remeda, cuando no riman en él, como en las ruinas de los castillos, la hiedra con la piedra.

¿Por qué ese nombre, *ciliebro*, atrajo nuestra atención? Porque se nos figuró que puede muy bien ser una modificación conforme á las leyes de la fonética latino-castellana. Y en cuanto al proceso conceptual metafórico, sentíamos á estos hombres—ó á sus remotos abuelos, que eran estos mismos cuando tuvieron que crearse su lengua—viendo asomar esas rocas por entre la carnosa tierra vegetal, como asoman los sesos de una res cuando se descalabra—*descalavera*—y *esmi-loja*—el hombre se describma—peñas abajo. Esas rocas son el cerebro, los sesos rocosos de la tierra; su corazón de peña además. ¿Corazón ó cerebro? Esa sutil distinción entre sentimiento y pensamiento no existe en la psicología de estos primitivos hijos de las montañas. Sienten pensando y piensan sintiendo. Ni se detuvieron en el momento estético ó contemplativo. Su espíritu es económico en el sentido que á esta designación da *Croce*. Y no se sabe si es que piensan con el corazón ó es que sienten con el cerebro.

Esas rocas envueltas en tierra de pasto están pensando por ellos y están pensando desde hace siglos y siempre el mismo pensamiento. Más de una vez, contemplando el rocoso esqueleto de España, no hace aún un mes en Gredos, y hace pocos días llenando el alma con la visión de los Picos de Europa, desde Potes, al pie de la vieja torre del Infantado, volvimos á rumiarse nuestra antigua figuración de que eran las entrañas óseas de la patria sorbiendo el beso ardiente del sol desnudo, su padre. Y así hay que figurárselas viendo los *abiércoles*, las pedregosas laderas su vegetación que sustentan á los Picos de Europa. Pero cuando esas rocas emergen de una tierra maternal, de pasto—por pobre que éste sea—, son acaso sesos y sesos al descubierto.

Ayer, en el vecino valle de Polaciones, contemplaba unas montañas maternas y lozanas, *matronales* diríamos, vestidas de hacedo y de roble hasta la cumbre y destacándose sobre el fondo de Peña Labra, que era la puerta del bajo cielo. Moría la tarde sobre la serenidad reposada del valle, y en el decretimiento del anochecer se anunciaba la dulce luz brumosa de la luna llena que iba subiendo por detrás de las montañas. Y á la luz lechosa de la luna entera y redonda los *ciliebro*s parecían soñar, que no pensar. Pero, ¿no es acaso, no ya la vida, sino el pensamiento sueño?

MIGUEL DE UNAMUNO